

de rapiña al territorio húngaro, y entonces el rey Estéban III se vengó tomando por sorpresa sin declaración previa de guerra, la plaza de Semlin, en la cual hizo prisionero a su tío el pretendiente que murió en el mes de abril de 1165 en circunstancias muy sospechosas. Al saberlo Manuel puso de nuevo a la cabeza de su ejército y reconquistó las dos fortalezas de Semlin y Sirmio, mientras sus generales Juan Ducas y Nicéforo Calufes ocuparon la Dalmacia húngara con las ciudades de Trau, Sebenico, Espalatro, Dioclea, Escardona y muchas otras en los años 1165 y 1166. Estas adquisiciones valiosas fueron disputadas seriamente de nuevo por los húngaros, pero quedaron definitivamente en poder del imperio cuando el sobrino del emperador, Andrónico Contostéfano, venció al grueso de las fuerzas magyares mandadas por el general Dionisio el 18 de julio de 1167 en una sangrientísima batalla cerca de Semlin. Al año siguiente se firmó la paz, y cuando murió Estéban III después de su agitado reinado en 1173, sucedióle efectivamente su hermano Bela III, casado, no ya con la hija del emperador, sino con su cuñada Ana, hermana de la emperatriz María de Antioquía, que había sido educada en Constantinopla y estaba completamente grecizada. Dos años hubo de luchar Bela III para afirmarse en el trono de Hungría, y después dedicóse energicamente a aclimatar en el país la civilización bizantina, hasta el fin de su reinado en 1196.

Al defender el emperador Manuel los derechos de los tíos del rey Estéban III, era también su propósito establecer una relación íntima entre los dos países para evitar que la influencia del emperador de Alemania ganara terreno en Hungría, lo cual para el imperio habría sido un peligro gravísimo y una amenaza constante. Una cosa análoga sucedió con los servios que de esta manera, con el apoyo del imperio alemán y de la Hungría su vecina y amiga, esperaban reconquistar su antigua independencia, mientras reinara Estéban III. El rey Primislao, que en 1151 tuvo que reconocerse vasallo del imperio bizantino, había intentado después reconquistar su independencia absoluta; pero Manuel le destruyó, y como sus hermanos menores no se mostraron tampoco muy leales, puso a la cabeza del pueblo servio al régulo de Rasa, hoy Novibazar, Estéban I Némaña, que había nacido en 1114, y que, más astuto e hipócrita pero no más leal que aquellos príncipes, fué el fundador de una dinastía vigorosa que en el reinado del último Comneno adquirió gran importancia.

Fuera de estos asuntos húngaros y servios dirigió Manuel toda su atención a las potencias occidentales; política que consumió los recursos del imperio, y la propia salud del emperador y suscitó en el interior un descontento peligrosísimo. Con actividad febril puso Manuel en movimiento todos los resortes diplomáticos para crear obstáculos al poder creciente de los emperadores de Alemania, y a la unión de las potencias occidentales; parcialmente con buen éxito, pero al fin sin resultado útil, porque sus proyectos de engrandecimiento del imperio le enajenaron con frecuencia las simpatías de aquellas potencias que en casos determinados habrían podido ser sus aliadas. A la muerte del papa Adriano, ocurrida en 1.º de setiembre de 1159, Federico I Barbaroja se declaró en favor de su amigo el papa Víctor VI, competidor de Alejandro III (Rolando). En cambio, como Alejandro era enemigo de los alemanes y de la pretensión de sus emperadores de ser emperadores aunque nominales de Occidente, Manuel se puso en relación con él. La contienda suscitada por esta competencia de dos papas, en el concilio de Pavia en febrero de 1160, duró años, y cuando en la primavera del año 1161 se disolvió el sínodo de Tolosa en Francia, reconoció Manuel por papa legítimo a Alejandro III, con lo cual se puso del lado

de Inglaterra, Francia, Sicilia, Venecia y Hungría que todas se habían declarado contra el papa Víctor VI.

Manuel trató de explotar este acuerdo en la cuestión papal en beneficio del imperio bizantino y de su política, empezando por la Francia. El rey Luis VII, sin embargo, se negó a aliarse con Manuel contra la Alemania, acaso solamente para no robustecer indirectamente la preponderancia del imperio bizantino en la Siria. Tampoco tuvieron éxito las negociaciones que con este mismo objeto entabló el emperador bizantino con las repúblicas de Pisa y Génova, pero desde 1164 admitieron sus proposiciones algunas ciudades que estaban en guerra con Federico Barbaroja. La república de Venecia aceptó subsidios bizantinos, y en 1167 celebró la ciudad de Ancona con Manuel un convenio en el cual consintió en recibir, sin perjuicio de su autonomía, una numerosa guarnición griega, la cual en 1167, durante la sublevación de los lombardos contra el dominio alemán, rechazó gloriosamente los ataques de Federico Barbaroja. Grandes fueron los esfuerzos del emperador Manuel para poner de su lado al papa Alejandro III, al cual ofreció concesiones dogmáticas importantes para restablecer la unión de las dos Iglesias, con solo satisfacer su ambición de unir la dignidad de emperador de Occidente a la de emperador de Oriente. Estas negociaciones llegaron a su mayor altura en el año 1166, porque entonces el gobierno bizantino pagó abundantes subsidios a la curia romana contra Federico Barbaroja; y el emperador Manuel prometió reconocer al papa por única cabeza verdadera de toda la cristiandad, y poner bajo su autoridad la Iglesia griega. Con tanto empeño tomó sus pretensiones imperiales que obtuvo de un sínodo que reunió en Constantinopla la declaración del dogma relativo a la relación entre Dios Padre y Dios Hijo en el sentido de la Iglesia romana. Mas a pesar de todos estos esfuerzos y sacrificios no logró su intento, y por otra parte encontró la resistencia más decidida de parte del clero bizantino y sobre todo del patriarca Miguel. El abismo entre la sociedad bizantina y el Occidente era ya demasiado profundo y ancho para que fuera posible echarle un puente, y por otra parte tampoco quiso el papa Alejandro excitar contra sí a la Alemania, a una gran parte de la población de Italia y a los normandos de Sicilia. A fines del año 1167 recibió Manuel la contestación definitiva: la sede romana no aceptaba su proposición de unir las dos Iglesias bajo el primado de Roma y someter al Papa políticamente toda la Italia, si el papa le coronaba en cambio emperador de Occidente. Sobre esto dice en su obra el secretario del emperador bizantino, Cinamos, que la negativa del papa fué presentada en sentido afirmativo, pero con la condición inaceptable de que estaba dispuesto a acceder a los deseos de Manuel si este trasladaba su residencia y el centro de gobierno a Roma; lo cual permitió continuar las negociaciones mientras el emperador Manuel vivió. Por lo demás, queriendo ganar la amistad del clero romano, perdió la del bizantino. En Hungría estaba dividido el clero griego en los dos bandos; pero el del emperador alemán acudido por el arzobispo de Caloza en Sirmio fué vencido en 1169 por el que estaba a favor de la unión con Roma capitaneado por el arzobispo de Gran. Al patriarca de Venecia quedó subordinado en 1152 el arzobispo de Zara, metropolitano de Dalmacia; y mientras el arzobispo de Ragusa en la Dalmacia meridional era partidario de la sede romana, sus sufragáneos lo eran del rito griego y por lo mismo fueron excomulgados por el papa.

Hasta 1167 se siguieron sin interrupción las tentativas de Manuel para vencer los obstáculos y arrostrar las dificultades verdaderamente invencibles que el desarrollo histórico de los siglos oponía a la satisfacción de sus altas y ambiciosas miras. Por un capricho del destino, este autócrata que tenía

algo del genio de los grandes emperadores, hubo de solicitar con perseverancia sin ejemplo la amistad de aquellos mismos latinos que 24 años después de su muerte debían despedazar el gran imperio de Constantinopla. El emperador Manuel consiguió levantar al imperio por una serie de años a la altura que durante tan largos siglos había ocupado, como centro de la política del mundo en aquella época; pero obtuvo este resultado abusando de las fuerzas del imperio, ó mejor dicho, derrochándolas por satisfacer una ambición insostenible. Además, con su sistema de favorecer a los latinos para atraérselos, disgustó profundamente a los pueblos que constituían el imperio bizantino y en especial a la clase aristocrática que jamás le perdonó esta conducta anti-nacional.

Para todos los pueblos de entonces el imperio bizantino era todavía una potencia sin igual, elevadísima é imponente. Ningún soberano podía ostentar el fausto deslumbrador de aquella corte, ni ninguna capital podía competir en riqueza y hermosura con la de Constantinopla. A todo esto se agregaban los grandes é inagotables recursos pecuniarios del imperio que eran el asombro de los potentados de los demás países, los cuales no podían comprender el finísimo sistema tributario perfeccionado con arte infinito desde antiguo y por medio del cual se allegaban y recaudaban los ingresos sin gravámenes brutales, tanto que todavía en la segunda mitad del siglo XII solamente en la capital entre impuestos de toda clase y derechos de aduana, se recaudaban anualmente 110 millones de pesetas. La isla de Corfú daba al tesoro anualmente 1.600,000 pesetas y los ingresos que producía todo el imperio entre contribuciones directas é indirectas llegaban según cálculos modernos a 658 millones de pesetas anuales. Tan inmensos recursos justifican el asombro de los soberanos y pueblos del resto de Europa, y explican cómo pudieron los Comnenos disponer de sumas que excedían considerablemente de todo lo que podían reunir soberanos de imperios mucho más dilatados. A estos medios pecuniarios se agregaban, entre otras muchas ventajas propias de un país civilizado desde tan remoto tiempo, la facilidad de las comunicaciones, las buenas calzadas, y los puentes para los transportes rápidos, y la excelente disciplina del ejército que suplía en no pocos casos la inferioridad numérica de las fuerzas bizantinas.

Hasta entonces todavía las provincias del imperio habían podido rehacerse siempre de las espantosas desgracias que desde antiguo les habían causado tantas razas de bárbaros con sus invasiones y ferocidades; únicamente las ocupadas por los búlgaros habían quedado en un estado más miserable que no permitía al gobierno sacar de ellas las utilidades que habrían dado si los sucesores de Basilio II hubiesen sabido reorganizarlas convenientemente después de la completa destrucción del imperio búlgaro y de su reincorporación al bizantino. En cambio las provincias griegas del Asia Menor seguían siendo miembros muy valiosos del imperio, y la mitad meridional de la península balcánica había llegado a un estado de prosperidad increíble a pesar de las heridas terribles que en 1147 le habían causado la escuadra y la tropa de Roger II. Las ciudades griegas marítimas y del interior, tanto antiguas como modernas, desde Mesembria y Adrianópolis hasta Malvasia y Arcadia en la Morea, gozaban de una prosperidad y opulencia envidiables por su industria, comercio y rica agricultura y muy particularmente por la sericultura. Después de Constantinopla era Salónica la ciudad más importante del imperio, a donde acudían comerciantes de todas las naciones y del país. Los fabricantes de sederías de Tebas iban a Salónica principalmente cuando se celebraba la gran feria de San Demetrio en los días 26, 27 y 28 de octubre, y allí concurrían también comerciantes eslavos, la-

tinios, en particular italianos, mahometanos y por supuesto griegos de todas las partes del imperio. Si en la capital junto al Cuerno de Oro, centro del gran comercio y lujo, florecían las industrias artísticas, sin rival entonces en el mundo, Salónica brillaba por las industrias más prácticas y por el comercio de metales labrados y sin labrar, como cobre, hierro, acero y plomo, y de los objetos de vidrio y otros que allí se vendían para el consumo interior y del extranjero en cantidades inmensas. Entre las provincias de la Grecia antigua tan industriales, agrícolas y mercantiles, Atenas y Corinto eran los grandes centros del movimiento, y para atravesar el istmo cerca de esta última ciudad se llevaban las embarcaciones pequeñas de una parte a otra como en la antigüedad por el Diolco, es decir por el estrecho canal en el abierto. Pero a todas las ciudades superaba Tebas, cuyos tejidos de seda y de púrpura eran buscados con afán por todos los magnates del mundo incluso los turcos, no obstante la competencia que desde algún tiempo hacían a la industria tebana los fabricantes de Sicilia; porque en general el comercio y las industrias bizantinas desafiaban la competencia siempre creciente que los italianos y judíos les hacían en todos los países.

El trabajo era el cimiento solidísimo de la incomparable prosperidad del antiguo imperio, a la cual contribuía en una parte nada despreciable el activo pueblo hebreo que en su afán de lucro soportaba pacientemente todas las opresiones y vejaciones de los griegos, y que no solamente se dedicaba al comercio, sino también a la agricultura y a las industrias. En Esmirna, Constantinopla, Salónica, en todas las islas y provincias, especialmente en la Tesalia, y en toda la Grecia antigua vivían en gran número los judíos; en Tebas, uno de sus puntos predilectos, contáronse en la segunda mitad del reinado de Manuel nada menos que 2,000 familias de esta raza que tenían fama de ser los tejedores de seda y los tintoreros, sobre todo de los tejidos de púrpura mejores de toda la Grecia. Había también entre ellos sabios eminentes, y eruditos en su religión, talmudistas, que rivalizaban con los más célebres de la capital, donde uno de ellos, llamado Salomon el Egipcio, era médico de cámara del emperador Manuel. Estos y otros detalles instructivos débense a los apuntes de un célebre judío español, el rabino Benjamin de Tudela, que murió en el año 1173, el cual visitó el imperio bizantino en un viaje que hizo desde Zaragoza al Oriente unos veinte años después de la expedición de los normandos, y en su descripción manifiesta su asombro por la grandísima opulencia de aquel imperio.

A la prosperidad material basada en las artes pacíficas, la actividad, el buen gobierno y la inteligencia, respondía un brillante renacimiento de las letras y ciencias bizantinas, ocupando el primer lugar, conforme lo exigía la índole del imperio, el elemento religioso. En el Monte Atos desarrollóse cada vez más la población monacal y anacoreta, siendo ya el retiro favorito de personas distinguidas y elevadas que, renunciando a la sociedad mundana, pasaron allí el resto de su vida dedicadas a la contemplación y a los estudios. Entre otros que citaremos en su lugar haremos aquí mención de Juan Zonaras, el eminente secretario de Estado del emperador Alejo I. A medida que aumentó allí el número de monasterios, se aumentaron también las atribuciones del abad general ó proto-abad, que poco a poco adquirió los honores de obispo, sin perjuicio de la autonomía de las diferentes comunidades respecto de la administración de sus fondos y bienes. En los reinados de Alejo I y de Manuel se fundaron los monasterios de Pantocratoras y de Cutlumusi. También el elemento eslavo, poco representado allí, se aumentó hasta poder constituir varias comunidades. En cambio no tuvo vida

una comunidad italiana fundada por la ciudad de Amalfi en el reinado de Alejo I, la cual en tiempo del mismo emperador fué incorporada á la abadía de los lauros. En el curso del siglo XII fundóse el convento Rusicon probablemente por una comunidad rusa, que adquirió propiedades en Salónica. Mucho mas creció el elemento eslavo despues de la muerte del emperador Manuel cuando el soberano servio Estéban I Némaña renunció al mundo en marzo del año 1195 y fundó en el Monte Atos con el asentimiento del gobierno de Constantinopla el convento eslavo de Quilantari que todavía existe, y en el cual vivió con el nombre de fray Simeon hasta su muerte ocurrida en 13 de febrero de 1200. Su hijo, venerado en la Iglesia con el nombre de San Sabas, se puso al frente del convento cuando su padre pasó á mejor vida. Habia adquirido ya en el año 1193 dos ermitas en el término de Caries en el mismo promontorio de Atos; él mismo vivió en el convento de Vatopedio, y en 1198 redactó una regla fija para los monjes y anacoretas eslavos del Monte Atos, como la que San Atanasio habia redactado antes para los monjes griegos.

Entre el clero griego del siglo XII tuvieron valiosos representantes las letras bizantinas, en el ramo de teología unos, en los de filosofía, gramática y retórica otros. Entre ellos pueden citarse muchos hijos de la Grecia propiamente dicha, como el obispo Nicolás de Motone que por el año 1050 trató de refutar la filosofía de Proclo, célebre neoplatónico de Atenas que vivió en el siglo IV; el arzobispo de Corinto Gregorio, y hácia fines del siglo XII Eutimio, arzobispo de Neopatra ó Hipata. Mas que estos y otros muchos varones notables brillaron en la segunda mitad del mismo siglo dos amigos cuyas virtudes, nobles cualidades y gran erudición hicieron de ellos las dos mas brillantes joyas de que se envanece la Iglesia griega: estos fueron Eustasio y Miguel Acominato. Eustasio, conocedor profundo de la literatura antigua clásica, nació en Constantinopla, fué diácono y profesor apreciadísimo de gramática y retórica, y se hizo célebre como comentarista de Homero. En 1160 fué agraciado con la silla arzobispal de Salónica, que ocupó hasta el año 1198. Miguel Acominato, natural de Conas (Colosas) en la Frigia, nació en 1140; en 1157 tuvo por maestro al anterior en Constantinopla, y despues ocupó desde 1177 hasta 1182 la plaza de segundo secretario de Estado, en cuyo último año obtuvo la silla arzobispal de Atenas. Como luego veremos, fué una de las figuras mas nobles y simpáticas de su época como hombre, como erudito y como gran dignatario de la Iglesia.

Las biografías de todos estos varones patentizan que en la época de los Comnenos recibieron tambien nuevo impulso las bellas letras y las ciencias gracias al estudio de los antiguos clásicos griegos: estudio que tambien abrió un nuevo derrotero en los siglos XVIII y XIX á las letras de las naciones occidentales. En el siglo XII, además de Constantinopla, fueron Atenas y Salónica célebres centros de instruccion y de saber. Los emperadores Comnenos eran hombres muy instruidos y grandes amigos y protectores de las ciencias. Algunos de ellos y otros miembros de su familia escribieron obras notables, ocupando el primer puesto la ya mencionada princesa Ana, hija del emperador Alejo. Cuando este murió en 1137, Ana se retiró á un convento donde se dedicó exclusivamente á los estudios. Su esposo el César Brieno habia escrito á excitacion de su suegra, la emperatriz Irene, una historia de la casa de los Comnenos; pero no habiendo tenido tiempo de concluirla, lo hizo su viuda, bien que de una manera independiente. Sus *Alexias* que contienen en 15 libros la historia de su padre desde el año 1069 hasta 1118, son por lo que toca á mérito intelectual y genio de observacion una de las obras mas notables de la literatura bizantina,

y aunque respecto de gusto literario deja mucho que desear, es siempre muy superior á las obras de sus contemporáneos. Al decir de los inteligentes, los mejores autores del siglo XII tienen muchos y grandes defectos; adolecen todos de una excesiva verbosidad; abusan de las metáforas buscando la elegancia y consiguen ser solamente afectados, y queriendo ser picantes en sus descripciones, olvidan la naturalidad y cansan con sus rebuscadas figuras retóricas. El ramo literario predilecto era en tiempo de los Comnenos, como antes, la historia, ya general, ya especial y contemporánea, distinguiéndose en este campo el ya citado erudito secretario de Estado y comandante de la guardia de corps del emperador Alejo, y despues monje del Monte Atos, Zonaras, que además de muchos escritos eclesiásticos y lexicográficos, escribió una historia universal desde los tiempos mas antiguos hasta el año 1118 en 18 libros; aprovechando mucho á Dion Casio para la época de la Roma imperial. Sin embargo, Zonaras á pesar de disponer de mucho y excelente material, no brilló por su talento literario. Concluyó esta obra en los primeros años del reinado del emperador Manuel. Sin embargo con todos sus defectos, es mejor que la obra análoga de Jorge Cedrenos que llega hasta el reinado de Isaac Comneno ó sea hasta el año 1057, y no es mas que una compilacion de obras mas antiguas, en especial de las de Sincelo, Hamartolo, Teofanes y sobre todo de Sciliztes. Tambien aprovechó Zonaras los datos de esta última para la historia de Constantinopla y á su vez su historia universal sirvió á Miguel Glicas, juntamente con otros autores mas antiguos, para la que escribió en tiempo del emperador Manuel. Esta obra, que lleva los sucesos históricos hasta el año 1118, es en la parte militar lacónica y hasta escueta; en la eclesiástica y anecdótica mas amplia, pero en general breve. A pesar de estos defectos y de la superficialidad con que el autor aprovechó las fuentes que tuvo á su disposicion, sirvió de autoridad á otro historiador, Constantino Manases, el cual posteriormente, á excitacion de una elevada señora de la corte, escribió una historia universal que llega hasta el año 1081 y que dedicó á su protectora con esperanza de obtener alguna muestra de su munificencia. Esta produccion literaria está escrita en verso; y su fondo pobrísimo adornado con alegorías mitológicas y muchas imágenes y símiles.

Otra historia, no universal, sino de su época, escribió Juan Cinamos, que nació en el año 1143, entró muy jóven en la corte del emperador Manuel, le acompañó en muchas de sus campañas y despues le sirvió de secretario de cámara. Esta obra es la historia de los emperadores Juan y Manuel Comneno, que dió á luz despues de la muerte del emperador Andrónico Comneno. Juan Cinamos dispuso de excelente material y datos fidedignos; y como tenia una instruccion sólida, y talento literario y era observador sagaz, resulta su obra un documento precioso para la historia del siglo XII, aunque se dejó arrastrar muchas veces por la parcialidad en favor de su soberano el emperador Manuel en perjuicio de la verdad respecto de ciertos hechos.

Además de las obras históricas ocupáronse los literatos bizantinos como siempre en recopilaciones de autores antiguos, variedades eruditas, diccionarios y comentarios. Muchos de los autores se sirvieron de la forma versificada para las materias mas diversas hasta las mas rebeldes á la poesía, sin hablar de las narraciones que algunos han calificado de «novelas bizantinas;» pero con visible falta de buen gusto y con lenguaje lleno de extranjerismos, particularmente de formas y vocablos eslavos. La superabundancia de imágenes é hipérboles suplia la falta de claridad y lógica en la diction, siendo buena muestra de esta clase de obras la ya mencionada historia universal de Constantino Manases. Mas cono-

cida sin embargo es la obra de Juan Zetzes, el hombre mas enterado de la literatura á la par que el mas renombrado de su época, aunque la posteridad no ve en él sino el mas vanidoso de los eruditos bizantinos y el de menos criterio y de peor gusto, pero tan laborioso que sus obras fueron para su época y las sucesivas una verdadera mina de preciosos datos. Su petulancia le indujo á completar con toda inocencia las obras de Homero, y sus comentarios mitológicos, históricos y legendarios en verso que reunió bajo el título de *Quilidas*, lo mismo que otras producciones, poéticas suyas, hicieron entre sus coetáneos el efecto que su autor deseaba, dándole gran renombre, tanto que la esposa del emperador Manuel, la emperatriz Berta, hija de Alemania, le animó en sus

trabajos sobre Homero, aceptó su dedicatoria y le recompensó liberalmente.

El emperador Manuel escribió con talento, como su primo Andrónico, sobre materias teológicas, siendo además muy aficionado á los estudios médicos. Sus conocimientos en cirugía eran notables, á lo cual se debió que fundara en Constantinopla un magnífico hospital donde se enseñaba la medicina, sirviendo de libros de texto las obras de los autores médicos antiguos.

La nacion en todas sus clases se habia ido grecizando completamente, en su vida doméstica y pública, en sus diversiones y ocupaciones serias; á excepcion de la gran masa búlgara y válaca que en sus ásperas montañas y valles conservaba sus

SELLOS DE PLOMO DE LOS EMPERADORES ALEJO I Y JUAN II



- 1.—*Plomo* (sello de plomo) de un decreto de Alejo I. Anverso: El emperador lleva las insignias imperiales, en la mano izquierda el globo con la cruz y en la derecha el lábaro. La leyenda es esta: † ΑΛΕΞΙΩ ΔΕΣΠΟΤΗ ΤΩ ΚΟΜΝΗΝΩ († Alexio despoti tou Komnenou). Reverso: El Salvador sentado en un trono con la mano derecha sobre el pecho y llevando en la izquierda el libro de los evangelios. Las letras IC. X. son el anagrama de Jesu-Cristo (Ιησους; Χριστος).
- 2.—*Plomo* de un decreto de Alejo I antes de usurpar el trono. El anverso solo lleva la inscripcion: † ΚΕΒΟΗ ΘΕΙΛΑΛΕΞΙΩ ΣΕΒΑΣΤΩΚΑΙ ΔΟΜΕΣΤΙΚΩ ΤΗΣ ΑΥΣΕΩΣ ΤΩ ΚΟΜΝΗΝΩ (Keboi theilalexiou sebastou kai domestikou tes auses tou komnenou), y en el reverso la imagen de San Demetrio con lanza y escudo, con la leyenda: Ο...ΣΑΗΜΗΤΡΙ (O agios Demetriou).
- 3.—*Plomo* de un decreto de Juan II y de Irene. En el anverso están representados un santo y el emperador, este con el globo con su cruz en una mano y el lábaro en la otra. La leyenda dice: ΙΩ ΔΕΣΠ. En el reverso está representada la emperatriz Irene con su hijo, sosteniendo entre los dos una larga cruz. La leyenda dice: ΑΛΕΞΙΩ...ΕΙΡΗΝΗ.

respectivos idiomas y costumbre. No obstante, sus lugares habian recibido desde largo tiempo nombres griegos, habiendo sido transformados el de su antigua capital Preslao en Juanópolis, el de Derster en Teodorópolis, y el de Prespa en Basilis; al mismo tiempo las monedas llevaban las leyendas é inscripciones en griego, y las de oro, que todavía conservaban en tiempo de los Basilisios debajo del busto del Salvador la leyenda *Jesus Christus Rex Regnantibus*, desde la subida al trono de Alejo I cambiaron esta leyenda por otra griega. A ejemplo del pueblo los emperadores Comnenos con toda su fastuosa aristocracia se tenian por verdaderos griegos, no obstante sus pretensiones constantes de ser los herederos únicos legítimos de los emperadores romanos; pretensiones que indujeron al emperador Manuel á contrariar al pueblo, al clero y á la aristocracia de Constantinopla y á proteger constantemente á los naturales de las antiguas provincias del imperio romano y principalmente á los italianos. El mismo Manuel se casó dos veces con extranjeras del Occidente, y aprovechó todas las ocasiones para hacer emparentar á su familia con otras de príncipes soberanos extranjeros. Así

en 1164 casó á una princesa parienta suya con Amalrico, que desde el año 1162 reinaba en Jerusalem como hermano y sucesor de Balduino III; en marzo de 1178 la mano de su hija María, habida en su matrimonio con Berta, y que antes habia estado prometida al príncipe húngaro Bela, lo fué despues á Rainero, el jóven y bello hijo segundo del marqués Guillermo de Monferrato, celebrándose la boda en el mes de febrero del año siguiente; y por último eligió para esposa de su hijo y sucesor Alejo, adolescente todavía, á Inés, mas niña aun, hija del rey de Francia Luis VII.

En el ejército fomentó de la misma manera el elemento extranjero. Su predecesor Juan Comneno habia tomado á sueldo gran número de guerreros turcos, para suplir con ellos la falta de los montañeses de Armenia y Capadocia, y reanimar el espíritu belicoso que iba desapareciendo en algunas provincias bizantinas; pero Manuel hizo mas, porque aumentó los cuerpos de mercenarios extranjeros, formando además de la secciones turcas, otras anglo-sajonas y escandinavas, alemanas, servias, húngaras, italianas y francesas, y organizando muchas de ellas al estilo de cada país. Los soldados